

## **Crítica publicada en El Progreso. Sección Galiciaé.**

Lunes 7 de Marzo de 2016 |

*La cena de los descontentos*

**Camilo Franco**

Todo parece comenzar inocentemente. Pero la inocencia es la versión confiada del mal. En *Raclette* hay un drama muy de ahora contado como es el presente: una reconstrucción de historias que se presentan como inconexas. En el nuevo montaje de Ibuprofeno Teatro las cosas son lo que parecen y, sin embargo, acaban donde el espectador no espera.

SUPONGO QUE nos juntamos a cenar. Un acto social. Una demostración más de que la vida humana está formada por subconjuntos. Tocó cena y a pesar de que las formalidades de ahora no son como las de antes, siguen pesándonos las formas, sean educación o hipocresía. Si no es que la segunda es una aplicación indiscriminadamente interesada de la primera. En todas las cenas hay una mesa, unas expectativas que tienen poco que ver con la alimentación, algunas tentativas de socialización que tienen en el sentido del humor el principal argumento y cuando menos hay un conflicto. Cuando menos tiene que haber un conflicto. Ese conflicto. Estamos todos descontentos.

En *Raclette* hay una sola mesa pero hay muchos conflictos. Porque hay más problemas que hambre. En *Raclette* hay una sola mesa pero varias cenas, capas paralelas de cenas que parecen tener una sola intención: poner en evidencia los problemas. Los personajes de *Raclette* son sufridores. Viven en la noche de los descontentos y están en permanente batalla por encontrar quién es el culpable de sus males. La culpa: esa invención cristiana que acaba por embarullarlo todo sin arreglar nada.

En la última obra de Ibuprofeno las vidas están cruzadas de problemas que, en algún caso, están entendidos como una necesidad no satisfecha. *Raclette* pone la lupa sobre unos personajes comunes, algo detestables en sus manías y que padecen esa confusión intencionada entre el egoísmo y la supervivencia. No están muy lejos de las cosas corrientes de la vida. Tienen algo en común aunque no lo sepan: están descontentos. Íntimamente descontentos. Unos están golpeados por el drama, por eso que en gallego de los setenta era una desgracia. Otros están intranquilos de nacimiento o por encontrar un casamiento apropiado entre el discurso público y el personal. Entre ser apocalíptico o integrarse. En aceptar dinero como el único animal de compañía.

Santiago Cortegoso, autor y director de *Raclette*, cuenta los personajes desde sus miserias. Quizás no son tanto porque son comunes. Son parejas que se llevan mal con motivo. ¿Pero quién no lo tiene? Se sienten atrapados pero no acaban de encontrar los motivos de verdad porque los motivos son los otros. La culpa son los otros. Como si encontrar culpables a los demás fuera un atenuante. La culpa es como los pactos en política: siempre son los demás quienes no se bajan a nuestros argumentos.

Por este lado es una obra contemporánea: porque parece que la contemporaneidad, más que interesada en la solución, está decidida a contarnos los problemas. Aun más: a hacernos ver que esos problemas contados son más importantes que los otros. Que los problemas individuales son significativamente más reveladores que los colectivos. El ser humano es una especie narcisista, tan

narcisista que es capaz de hacer de algunos problemas el centro del universo.

Ibuprofeno ataca *Raclette* desde dos perspectivas. Una de ellas es guiar al espectador por una historia con una disposición narrativa inesperada. Cortegoso propone una reconstrucción y mientras los espectadores reubican las piezas descubrirán que hay algunas que no eran previsibles. La reconstrucción reconvierte el drama en otro género. Le quita algo de la aspereza de la realidad o deja constancia de que en una narración siempre queda algo del escudo espejado que le permitió a Perseo matar a la medusa sin tener que morir él. La otra línea de ataque de la compañía es una cierta verdad escénica que supone que los dramas son dramas y que hay que vivirlos así, con un nivel de dolor en relación. Hay una cierta contradicción entre una propuesta de reconstrucción y una interpretación dramática porque la primera propone una distancia y la segunda una manera de acercarse. El montaje trabaja sobre esa tensión y aprovecha algunas de esas distorsiones para situar al espectador en ese punto en el que los dramas ajenos podrían pasar por propios. A veces va interpretativamente un poco más allá, como si los hechos no fueran suficientes.

Cortegoso lleva al espectador a un final. Al final de un drama que, en cierto modo, sería el comienzo de otro. De un drama aún más definitivo que el cristalizado alrededor de una mesa. El final, como todo el mundo sabe por la vida corriente, no es una solución. Al final está la palabra fin, pero esto no quiere decir que los dramas pasen. Los problemas ni se crean ni se destruyen, sólo se van transformando unos en otros alimentados por ese descontento de la especie que intuye sus culpas pero se niega a aceptarlas. *Raclette* se deja ir en el final porque el teatro precisa un punto. Pero la solución narrativa que se ofrece, en realidad, sería la entrada a otro drama aún más grande.

La obra se deja seducir por esa metáfora de que mientras hay cena hay una tregua en la que podría haber una solución para todo. Luego avanza la cena y todo se entrapa más y volvemos sobre esa vieja idea de que todo el campo está minado. Incluso las sobras de la cena. Descubre el espectador el más grande de los argumentos naturalistas: Todo es para mal. Incluso las soluciones. Sobre todo las soluciones.